

Dirigentes y dirigidos

Luis Felip López-Espinosa¹

Resumen: De acuerdo con Lebowitz, la contradicción entre la «vanguardia» y el pueblo, políticamente pasivo en el contexto de un pacto social asimétrico, se hallaba en el mismo centro del Socialismo Real. Lebowitz propone un Socialismo del siglo XXI, basado en la participación democrática en el proceso económico, contra la «lógica de la vanguardia». En este artículo, discutimos la aportación de Lebowitz. Concluimos examinando el papel de las organizaciones políticas en el mundo actual.

Palabras clave: Lebowitz, socialismo, vanguardia, democracia participativa

Abstract: According to Lebowitz, the contradiction between the «vanguard» and the people (politically pasive in the context of an assymetric social pact) was at the very core of the Real Socialism. Lebowitz proposes a Socialism for the XXI century, based on the democratic participation in the economic process, against the «logic of the vanguard». In this article, we discuss the contribution of Lebowitz. We conclude examining the role of the political organizations in the present world.

Keyword: Lebowitz, socialism, art, participatory democracy.

1. ¿NECESITAMOS LÍDERES?

En 2009, en unas jornadas en el Birkbeck Institute for the Humanities en Londres, un grupo de pensadores de izquierda se reunieron para debatir en términos filosóficos acerca de lo que los organizadores del coloquio llamaban la «Idea de Comunismo». A partir de aquel debate y en obras posteriores, dos filósofos contemporáneos, Alain Badiou y Slavoj Žižek, van a realizar aportaciones peculiares que desembocarán en una concepción filosófica del papel de los liderazgos personales en una política comunista.²

Alain Badiou desarrolla su argumento en una obra del mismo año, titulada *L'hypothèse communiste*.³ Allí, explica que una «Idea» consiste en una «operación intelectual» que vincula un acontecimiento-Verdad con una condición histórica local y con un sujeto, que se convierte en una suerte de «verdad incorporada».

¹ Dr. en Filosofía y Filosofía Moral y Política por la UNED

² Cf. *The Idea of Communism*, London; New York: Verso, 2010. La aportación de Badiou se titula «The idea of communism» y la de Žižek, una interpretación del relato *Josefina la cantora* de Kafka, lleva el título de «Notes Towards a Definition of Communist Culture».

³ Alain Badiou, *The Communist Hypothesis*, London; New York: Verso, 2010.

Según argumenta Badiou, el Estado comunista es una aberración porque confunde la Idea con uno de sus rasgos, su realización local (la administración pública, el Estado entendido, por una extraña homonimia, como un estado-de-cosas). De este modo, para Badiou lo óntico del Estado comunista no debe manchar la pureza ontológica, elusiva y evanescente, de la Idea de comunismo. El problema es que, preso en esta lógica, para Badiou no queda otro modo de aprehender la Idea comunista que no sea por medio de un renovado *culto a la personalidad* de los grandes líderes históricos:⁴ los nombres de Espartaco, Müntzer, Robespierre, Louverture, Blanqui, Marx, Lenin, Luxemburgo... evocan verdades encarnadas, representaciones de una lucha colectiva, anónima e inaprehensible. Dado que no se puede identificar la Idea con un proceso histórico u *óntico*, sólo se la puede conocer por medio del «culto» a los sujetos que se comprometieron con ella.

La posición de Žižek, aunque pretende pensar también el papel de los líderes políticos en la tradición comunista, resulta quizás menos mitificadora. Las figuras de los líderes juegan cierto papel como figuras transferenciales, al modo del psicoanalista que ocupa transitoriamente el lugar del Otro simbólico, favoreciendo que entremos en el «análisis». El líder comunista es el sujeto-supuesto-saber que habla en la posición del Otro, y que facilita al ciudadano-analizante que acceda al «para sí» de su deseo.⁵ Pero el líder es sólo un mediador evanescente, pues como enseña el psicoanálisis, finalmente la transferencia debe romperse y debe reconocerse que no existen el Otro, el Destino o la Historia con mayúsculas (en definitiva, que no existe Verdad).

Estas abstractas reflexiones filosóficas son el reflejo de problemas políticos muy reales y candentes. Cuando fallece Hugo Chávez el 5 de marzo de 2013, todos nos hicimos una misma pregunta: ¿sobrevivirá la revolución bolivariana? Hasta ese punto habíamos identificado a la figura pública con el proyecto político colectivo. Sin aquella figura carismática, no se habría articulado un movimiento político transformador como el que sacudió toda América Latina, y que comenzó como un movimiento patriótico antiimperialista. Esa es la figura que reconocieron los afroamericanos del Bronx que a la muerte de Chávez colgaron su fotografía en las puertas de sus casas, y es la misma figura cuyo legado reivindican las izquierdas y en general todos aquellos que, en palabras de Julian Assange, califican a Hugo Chávez como «la figura política más importante de los últimos diez años».⁶ No es extraño que ese modelo de liderazgo personal, aglutinador de voluntades, haya sido emulado por otras figuras latinoamericanas que disputan la hegemonía estadounidense en su propio patio trasero. Pero el problema persiste. Estos liderazgos carismáticos se amoldan perfectamente a los mecanismos de política institucional de la democracia liberal, que reproduce un modelo de disciplina

⁴*Ibid.*, p. 250.

⁵Slavoj Žižek, «De la democracia a la violencia divina», en VV. AA., *Democracia en suspenso*, Madrid: Casus-Belli, 2010, p. 152. La idea del liderazgo como la presencia coyuntural en un espacio desde el cual la comunidad política se siente interpelada, esto es, la presencia en el lugar del Otro simbólico, se encuentra tratada en el texto sobre *Josefina la cantora*, que Žižek recuperará en su libro *Living in the End Times*.

⁶Julian Assange, «Chávez fue la figura política más importante de los últimos 10 años» (entrevista), en *Correo del Orinoco* (27/07/2013), en <http://www.correodelorinoco.gob.ve/multipolaridad/assange-chavez-fue-figura-politica-mas-importante-ultimos-10-anos/> (consultado en 6/2013).

burguesa donde unos pocos dirigen y la mayoría social queda relegada a un papel pasivo. ¿Cómo evitar reproducir ese modelo, lo que en su momento fue el gran pecado del socialismo-realmente-existente, para impulsar una transformación social a gran escala apoyada ante todo en un amplio movimiento popular organizado? A este problema intentará responder Michael Lebowitz, con aciertos y errores, en *The Contradictions of «Real Socialism»*.

2. LA ALTERNATIVA SOCIALISTA DE LEBOWITZ

En *The socialist alternative*, Lebowitz había desarrollado la idea de que la actual pobreza de alternativas al capitalismo se debe al hecho de que no hayamos construido una alternativa socialista también crítica con el llamado «Socialismo Real».⁷ Para Lebowitz, este socialismo para el siglo XXI tiene tres patas, tres lados de un «triángulo socialista» que menciona Hugo Chávez en un programa de *Aló Presidente* de enero de 2007:⁸

1. La autogestión desde los lugares de trabajo y las comunidades.
2. La «propiedad social de los medios de producción».
3. «La satisfacción de las necesidades comunales y de los fines de la comunidad».

Contra el marxismo distorsionado y contra el determinismo de las fuerzas productivas, Lebowitz defiende la autogestión y el protagonismo de los trabajadores en sus lugares de trabajo y en sus comunidades⁹ por medio de la participación democrática. Necesitamos un enfoque centrado en la comunidad y la solidaridad,¹⁰ y «el desarrollo consciente de una sociedad civil socialista».¹¹ La autoorganización del trabajo y el protagonismo de los trabajadores en sus comunidades forman parte de las relaciones sociales de producción que harían posible lo que Marx consideraba el fin de la sociedad socialista: el pleno desarrollo de las capacidades humanas.

3. UN CONTRATO SOCIAL ASIMÉTRICO

Si bajo el capitalismo las funciones de dirección y supervisión son un proceso *antagónico* y toman formas «despóticas»,¹² para Marx el director de orquesta constituía el modelo para una forma de autoridad dirigente «no basada en la

⁷Lebowitz recuerda que «Socialismo Real» es un concepto surgido en los años 70 en la URSS y en los países del Este de Europa para «distinguir el sistema allí existente de las concepciones teóricas o abstractas de socialismo» (Michael A. Lebowitz, *The Contradictions of «Real Socialism»*. *The Conductor and the Conducted*, New York: Monthly Review Press, 2012, p. 29)

⁸*Ibid.*, p. 19

⁹*Ibid.*, p. 18.

¹⁰*Ibid.*, p. 12.

¹¹*Ibid.*, es cita de su artículo «A Cautionary Tale».

¹²*Ibid.*, p. 22.

división entre productores y los propietarios de los medios de producción». ¹³ El director de orquesta es necesario porque contempla los instrumentos como un todo armónico. Los miembros de la orquesta pueden sentirse satisfechos, pues, de su logro colectivo. ¹⁴ Ahora bien, el problema reside en que este logro se obtiene a expensas del individuo: «lo que los individuos pierden en este proceso es la oportunidad de desarrollar sus propias capacidades mediante el ejercicio colectivo de su conocimiento, su juicio y su voluntad». ¹⁵

De lo que se trata, pues, no es de la necesidad de una instancia coordinadora, sino de si esta dirección constituye una «tarea especial» para la cual se precisa de especialistas, según una división del trabajo entre dirigentes y dirigidos sometidos a un mando unidireccional. ¹⁶

El problema es que en los países del llamado Socialismo Real, esta división del trabajo quedaba consagrada por un contrato social tácito. En estos países, no existía

«Ningún poder dentro del lugar de trabajo para dirigir el proceso de producción, ninguna capacidad para los trabajadores para transformarse ellos mismos en el transcurso de la transformación de las cosas, sino protección de los derechos laborales individuales (especialmente contra las iniciativas de los managers de las empresas)». ¹⁷

El contrato social vigente en el socialismo real comprendía derechos laborales y aumento de salarios, así como cierto igualitarismo en la satisfacción de las necesidades básicas. Pero esto tenía lugar en la ausencia de mecanismos para que los trabajadores se manifestaran acerca de dichas necesidades. El contrato social en palabras de Boris Kagarlitsky, era «asimétrico». ¹⁸

Esta relación entre los planificadores y los trabajadores, o mejor dicho, entre la «vanguardia» y los trabajadores, reproducía una relación social dominante característica del Socialismo Real, lo que Lebowitz llama «vanguard relation of production» ¹⁹ (*relación de producción de vanguardia*).

4. RELACIONES DE PRODUCCIÓN DE VANGUARDIA

Tradicionalmente, la introducción de las relaciones de producción de vanguardia iba ligada a la necesidad de la organización de un partido de vanguardia, instrumento disciplinado y centralizado para el fin histórico de reemplazar el capitalismo por el socialismo. ²⁰ Esta vieja concepción del partido revolucionario se basa en la premisa de que el cambio social no sucede espontáneamente, sino que

¹³*Ibid.*, p. 23.

¹⁴*Ibid.*, p. 25.

¹⁵*Ibid.*, p. 26.

¹⁶*Ibid.*

¹⁷*Ibid.*, p. 63.

¹⁸*Ibid.*, p. 64.

¹⁹*Ibid.*, p. 65.

²⁰*Cf.* pp. 69-74.

precisa de una dirección responsable y didáctica. La función del partido, recuerda Lebowitz, consiste en reclutar a los mejores cuadros de la sociedad y del trabajo, a individuos ejemplares con capacidad de sacrificio, que sepan respetar los principios rectores de la organización (la ideología socialista, los principios de crítica y autocritica, la disciplina y el centralismo democrático).

El poder de la vanguardia dejaría a los trabajadores en una condición subalterna, atomizados, incapaces de organizarse de otro modo que a través de organismos oficiales: sindicatos oficiales, sociedades deportivas oficiales, movimientos oficiales de mujeres o pacifistas.²¹

Este papel subordinado era aceptado en la medida en que se respetaba el contrato social. Pero el modelo es inadecuado desde un punto de vista socialista: es un sistema de explotación,²² donde los propios trabajadores delegan la autoridad y son privados de la potestad de tomar sus propias decisiones.²³

Asimismo, bajo el Socialismo Real, un grupo quedaba fuera del contrato social: los managers, controlados por un sistema de incentivos económicos. Los planificadores pensaban que «los managers estaban motivados por intereses materiales»,²⁴ esto es, por el aumento de sus ingresos. De este modo, para animar a los managers a que cumplieran los objetivos del plan, los planificadores les ofrecían primas y bonus. Y aunque hasta cierto punto su análisis era correcto, estos incentivos generaban una serie de resultados indeseables. Por ejemplo, cuando una empresa estaba demasiado lejos de su objetivo, generalmente lo daba por perdido, optando por almacenar reservas de cara al siguiente periodo del plan económico.²⁵ Asimismo, se producía un conflicto entre los managers y los planificadores en el nivel de la información, por el cual los managers trataban de ocultar el potencial real de sus empresas y exagerar sus necesidades en recursos. Los planificadores sabían esto, y aumentaban las exigencias del plan para poner en movimiento los recursos que se guardaban en la sombra.

El sistema socialista no era único ni coherente, sino que, como hemos visto, involucraba a una parte (los managers) fuera del contrato social que se oponía directamente a las directrices de la vanguardia.²⁶ Como reconoce el propio Lebowitz, no sería razonable calificar como «capitalistas» a los managers, que al fin y al cabo no tenían la propiedad de los medios de producción. Sin embargo, esos managers sí que operaban según una «lógica del capital».²⁷ Aunque su ser social no fuera el de capitalistas, su posición objetiva les hacía demandar la liberación de las relaciones capitalistas de producción. Sus acciones se regían por un principio de maximización del ingreso, y de acuerdo con ello se oponían a las restricciones que se les imponían por parte de los planificadores²⁸ y recurrían a soluciones en el mercado negro y a la presión o *lobbying* en favor de sus propias empresas.

²¹*Ibid.*, p. 75.

²²*Ibid.*

²³*Ibid.*, p. 83.

²⁴*Ibid.*, p. 41.

²⁵*Ibid.*, p. 43.

²⁶*Ibid.*, p. 90.

²⁷*Ibid.*

²⁸*Ibid.*, p. 91.

Así pues, lo que tenemos en el Socialismo Real es una lucha entre dos principios contrarios: la lógica del capital y la lógica de la vanguardia. De la interacción entre ambas lógicas resulta un sistema particular, con sus propias crisis e ineficiencias (como la escasez). La tesis de Lebowitz es que las ineficiencias del modelo económico del Socialismo Real no eran la consecuencia, como han sostenido los autores liberales, de la ineficacia de la planificación centralizada de la economía, sino más bien el resultado de una contradicción entre mercado y planificación que denotaba una auténtica lucha de clases²⁹ atravesando el sistema.

5. LA ALTERNATIVA SEGÚN LEBOWITZ

Según Lebowitz, en los países del Socialismo Real, la relación de vanguardia coexistía en delicado equilibrio con una «economía moral» (siguiendo a E. P. Thompson) de la clase trabajadora, que tenía el recurso de los pequeños hurtos (el llamado *blat*) o incluso de las movilizaciones cuando debía defender los principios de justicia concedidos por el pacto social: igualitarismo y seguridad laboral.

El problema es que, como recuerda Lebowitz, la economía moral realimentaba el autoritarismo de vanguardia, aunque lo contuviera dentro de los márgenes de cierto igualitarismo en lo social. El resultado era el estatismo y la pasividad política de los trabajadores a la que ya nos hemos referido (o en los términos clásicos del primer Marx, su *alienación*). Esta pasividad hacía que en un momento crítico, como sucedió en los años 90, los trabajadores no estuvieran en las condiciones organizativas para defender los elementos igualitaristas y sociales de aquel pacto.

Para Lebowitz, la «contradicción fundamental del Socialismo Real es inherente a las relaciones de producción de vanguardia»,³⁰ es decir, la división de la sociedad entre dirigentes y dirigidos. Condenados los trabajadores a una pasividad política, el interlocutor de la vanguardia a la hora de organizar la producción en la sociedad era la «clase» de los managers. Así, la contradicción entre dirigentes y dirigidos queda desplazada (afirma Lebowitz en términos freudianos) por la contradicción entre vanguardia y managers.³¹ Esto conduce a un reforzamiento de los managers que apuntala las resistencias a las relaciones de producción de vanguardia (y socialistas), generando graves fallos de planificación.

En estas circunstancias, Lebowitz aboga por una alternativa de izquierdas al Socialismo Real. Esa alternativa recoge elementos que vemos en la «economía moral» de la clase trabajadora. Tiene que ser una alternativa igualitarista, que «ponga el acento en la propiedad común de los medios de producción»³² y que refuerce el sentido de solidaridad.

Todo esto necesita de un fuerte control democrático, donde los trabajadores elijan a los gestores de las empresas desde sus propios lugares de trabajo, y puedan elegir a los gobernantes para cambiar las relaciones de propiedad

²⁹*Ibid.*, p. 96.

³⁰*Ibid.*, p. 154.

³¹*Ibid.*, p. 154.

³²*Ibid.*, p. 155.

de los medios de producción.³³ Pero esto no basta, añade Lebowitz: todo esto vuelve a traernos divisiones entre dirigentes y dirigidos que pueden conducir a la reproducción de las divisiones de clase en la sociedad. Cambiar estas relaciones depende de que los trabajadores puedan hacerse con el control de la producción, para, como proponía Marx, cambiarse a ellos mismos desarrollando plenamente sus capacidades.

6. CONCLUSIONES: DE LA VANGUARDIA AL INTELLECTUAL COLECTIVO

Es necesaria la construcción de un poder popular que gestione los procesos productivos y supere la división social del trabajo y las relaciones capitalistas entre asalariados y propietarios de los medios de producción. Pero una cuestión incómoda aflora. Con todo, en el actual contexto de crisis de la economía mundial y del patrón de acumulación neoliberal, el problema en el centro de la agenda no es el de la disolución directa de los liderazgos, sino el de la construcción de organizaciones políticas capaces de controlar a los técnicos y a los representantes políticos, y una democracia real que haga posible que las personas tengan la capacidad de determinar los fines y los medios de la planificación económica (algo que está en el ADN del movimiento obrero desde la Comuna de París o los consejos obreros de Turín de 1920, y que tiene un referente histórico inmediato en los movimientos altermundistas y antiglobalización).

La propuesta de Lebowitz, la centralidad de las comunidades como agentes sociales, puede sonar romántica, especialmente dado que el autor no precisa el modo en que esto podría hacerse (en apariencia, se alude a los procesos en América Latina y a los Consejos Comunales venezolanos, pero sin concretar y sobre todo sin analizar las posibilidades de emular este modelo en otros países).

El problema fundamental es el de cómo las comunidades se convierten en sujetos políticos con incidencia real, y no en entidades prepolíticas de autodefensa frente al Estado. Y esto nos lleva a la pregunta de cómo se debe organizar a las comunidades para que aquella «economía moral» que en el Socialismo Real iba ligada a la pasividad política se convierta en palanca de la acción revolucionaria. Y para eso, hay que evitar reduccionismos y plantearse quién va a ocupar el poder del Estado y bajo qué condiciones, condiciones que posiblemente habrá que determinar tras un largo periodo de transformaciones (lideradas por una mayoría social representada en una formación política organizada y relativamente permanente) que culminen en un proceso constituyente.

Históricamente, el *partido revolucionario* era el lugar donde un grupo trabajaba codo con codo en las comunidades para forjar una auto-conciencia colectiva orientada hacia el cambio social. Pero contra esta estructura Lebowitz, en sintonía con el sentir generalizado en las sociedades contemporáneas, se revuelve incómodo. Lebowitz dedica parte de su análisis a la crítica al partido de vanguardia. Su crítica es de interés porque nos anima a un proceso que con sus avances y retrocesos ya está en la agenda de las organizaciones políticas transformadoras: la

³³*Ibid.*, p. 162.

construcción de organizaciones que huyan del vanguardismo y que puedan convertirse en herramientas a disposición del empoderamiento popular. Pero la caracterización de Lebowitz es imprecisa, y comete el error de caricaturizar el objeto de su estudio con la finalidad de reforzar sus tesis, por lo demás muy válidas. Como explica Jamie Woodcock en su reseña,³⁴ el libro analiza el periodo a partir de los años 50 sin tocar el proceso desde 1917, ni las transformaciones sufridas por el partido de Lenin antes y después de esa fecha. El concepto «vanguardia» parece comprender al mismo tiempo el carácter del partido leninista centralizado y clandestino, y el carácter del PCUS como partido único de gobierno en el periodo de Brezhnev. Entre 1917 y 1990 hay veintiocho congresos, y una larga historia que difícilmente puede resumirse tan a la ligera por referencia a los principios rectores básicos (no siempre tomados en serio en la práctica) de un partido marxista-leninista. Y si esto es así, cuánto más erróneo resultaría asimilar actualmente los partidos de izquierdas, comunistas, post-comunistas o anti-neoliberales, con ese mito del partido marxista-leninista, quedándonos en el trazo grueso y evitando toda noción clara y distinta de las realidades concretas que tienen una utilidad, hoy día, como canalizadoras de la oposición a las políticas neoliberales.

Esta falsa dicotomía respecto de lo que se llama la forma-partido es una constante del pensamiento político «radical» contemporáneo, que nos conduce a salidas unilaterales y muy peligrosas. De un lado está el anti-partidismo de algunos movimientos sociales o de algunos pensadores (Toni Negri, Alain Badiou) que identifican Estado y Partido. Del otro lado, tenemos la reacción de otros teóricos que definiéndose radicales o incluso «comunistas», introducen argumentos desmoralizantes que suponen la renuncia a participar directamente en la toma de decisiones políticas, y abogan por la delegación de responsabilidades (en el Estado), porque les parece más interesante dejar que otros tomen las decisiones mientras ellos pueden sentarse tranquilamente a estudiar a Hegel:

«It is this myth of non-representative direct self-organisation which is the last trap, the deepest illusion that should fall, that is most difficult to renounce. Yes, there are in every revolutionary process ecstatic moments of group solidarity when thousands, hundreds of thousands, together occupy a public place, like on Tahrir square two years ago. Yes, there are moments of intense collective participation where local communities debate and decide, when people live in a kind of permanent emergency state, taking things into their own hands, with no Leader guiding them. But such states don't last, and «tiredness» is here not a simple psychological fact, it is a category of social ontology. The large majority –me included– wants to be passive and rely on an efficient state apparatus to guarantee the smooth

³⁴Jamie Woodcock, «The contradictions of “Real Socialism”» (reseña), en *Socialist Review* (10/2012), en <http://www.socialistreview.org.uk/article.php?articlenumber=12115>.

running of the entire social edifice, so that I can pursue my work in peace».³⁵

En este «continuar trabajando en paz» resulta difícil no ver un eco de lo que Jacques Lacan había reconocido como el «ceder en su deseo» que constituye un fracaso moral según la ética del psicoanálisis.³⁶

Esta renuncia a la política es la consecuencia, como decíamos, de asumir una falsa dicotomía: participar todo el tiempo (y el problema es que eso, siguiendo a Oscar Wilde, nos ocuparía demasiadas tardes) o delegar en nuestros representantes, que fuera de todo control popular quedarían reducidos a meros apéndices del aparato del Estado. El auténtico problema es el de cómo construir espacios permanentes de participación para normalizar la acción política de los ciudadanos, y que esta acción en lo esencial no sea la obra de una vanguardia profesionalizada (vanguardismo que la forma-red tampoco ha sido capaz de evitar).³⁷

El caso es que, con todos los límites, experiencias de este tipo han existido, y los críticos de toda forma de actuación dentro del Estado y de las instituciones harían bien en recordar experiencias de participación democrática emblemáticas, impulsadas desde las instituciones por partidos de izquierdas, como los presupuestos participativos de Porto Alegre.³⁸ En nuestro país, estas experiencias se han recogido en la Declaración de Antequera de 2008, en el marco de la Asamblea constituyente de la Red Estatal por los Presupuestos Participativos (actualmente Red de Ciudades Participativas).³⁹ Este tipo de iniciativas tienen sus propios problemas, como la previsible institucionalización o el anquilosamiento de los procedimientos de participación prolongados en el tiempo,⁴⁰ pero en cualquier caso estos problemas se darán en el marco de un avance inicial que traspasa los

³⁵Slavoj Žižek, «The simple courage of decision: a leftist tribute to Thatcher», en *The New Statesman* (17/4/2013), en <http://www.newstatesman.com/politics/politics/2013/04/simple-courage-decision-leftist-tribute-thatcher>.

³⁶Jacques Lacan, *El seminario, Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1990, pp. 381-82.

³⁷«...el funcionamiento en red da un peso desmesurado a quienes se sitúan en su centro de decisión y por tanto disponen a la vez de la influencia y de los contactos; esto no es muy diferente de lo que ocurre, sobre este punto, en un partido clásico donde las “cúspides” disfrutan precisamente de este tipo de ventajas sobre la “base”» (Pierre Rousset y Samuel Joshua, «Formas “redes” y formas “partidos”», en *Viento Sur*, n° 101, (noviembre 2008), p. 76, en <http://www.vientosur.info/articulosabiertos/VIENTOSUR-numero101-Rousset-Joshua.pdf>).

³⁸Boaventura de Sousa Santos, *Democracia y participación. El ejemplo del presupuesto participativo de Porto Alegre*, Madrid: El viejo topo, 2003.

³⁹*La Red de Presupuestos Participativos*, en presupuestosparticipativos.com, en <http://www.presupuestosparticipativos.com/la-red/C3VTDDatmVEmYYsYdvRIpx9U0ocOHV5> (8/2013).

⁴⁰«La rutina de la movilización atrae una movilización de la rutina. La participación se mantiene elevada, pero los ciudadanos comunes irán siendo sustituidos por ciudadanos participativos especializados. El problema es que, aunque la radicalización de esta experiencia sea la única arma contra la rutina, existe, de cualquier forma, un umbral indeterminable que, si se traspasa, podría comprometer irremediabilmente el éxito de la experiencia. No existe salida para este dilema. No obstante, la tensión creada por este dilema podría ser sostenible [...] desde el momento en que los participantes se comprometen en una auto-subversión reflexiva, es decir, una radicalización constante de la conciencia política centrada en los límites de la radicalización de la práctica política concreta» (Boaventura de Sousa Santos, O. Cit., p. 126.)

dilemas maximalistas de todo o nada, de no participar jamás en las instituciones o delegarlo todo al Estado y sus gestores.

Se trata de construir organizaciones no sectarias ni minoritarias que faciliten esto, que pongan la participación democrática (e institucional) en el centro de su agenda, y que estén al servicio de un pueblo que obrará por sus propios intereses, antagónicos de los intereses del gran capital multinacional y financiero, así como de las políticas neoliberales puestas a su servicio.

Marx y Engels escribieron en el *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*: «La clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber».⁴¹ Lo que tenemos aquí pendiente es el paso de la comunidad a la asociación. Si Lebowitz sitúa a las comunidades en el centro del socialismo para el siglo XXI, no debemos olvidar que una comunidad se articula por el corazón (es decir, por la ideología, de ahí que aquélla sea la forma idónea para las sectas religiosas o las iglesias); mientras que una asociación es eminentemente política, y se organiza de manera racional en torno a unos intereses reales y concretos.

Para poner en marcha un cambio social y económico profundo, articulado en torno a un proyecto nacional (que para los países del sur de Europa deberá subvertir su posición periférica en la economía de la Unión Europea) son precisas no sólo la participación democrática de las comunidades, casi inexistentes en muchos países occidentales y europeos como España, sino también la presencia de asociaciones de intereses con voluntad de permanencia y perspectiva histórica en el medio y largo plazo, que proyecten el *para-sí* autoconsciente de los intereses populares. De la correcta articulación entre la solidaridad comunitaria y la asociación (revolucionaria), de la síntesis del corazón y la razón en el centauro maquiaveliano, dependerá el futuro de los países periféricos para las próximas décadas.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Assange, J. «Chávez fue la figura política más importante de los últimos 10 años» (entrevista), en *Correo del Orinoco* (27/07/2013), en <http://www.correodelorinoco.gob.ve/multipolaridad/assange-chavez-fue-figura-politica-mas-importante-ultimos-10-anos/> (consultado en 6/2013)
- Badiou, A. (2010). *The Communist Hypothesis*. London. New York: Verso.
- Douzinas, C. y Žižek, S. (eds.) (2010). *The Idea of Communism*. London. New York: Verso.
- Hirst, P. (1989). *After Thatcher*. London: Collins.
- Lacan, J. (1990). *El seminario, Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lebowitz, M. A. (2012). *The Contradictions of «Real Socialism». The Conductor and the Conducted*. New York: Monthly Review Press.

⁴¹Karl Marx, «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escogidas*, t. 1, Madrid: Akal, 1975, p. 396.

- Marx, K. (1975). «Crítica del programa de Gotha», en K. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*, t. 2, Madrid: Akal, pp. 5-42.
- (1975). «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en K. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*, t. 1, Madrid: Akal, pp. 388-97.
- Rousset, P. y Joshua, S. «Formas “redes” y formas “partidos”», en *Viento Sur*, nº 101, (noviembre 2008), pp. 75-82, en <http://www.vientosur.info/articulosabiertos/VIENTOSUR-numero101-Rousset-Joshua.pdf>.
- Sousa Santos, B. de (2003). *Democracia y participación. El ejemplo del presupuesto participativo de Porto Alegre*. Madrid: El viejo topo.
- Woodcock, J. «The contradictions of “Real Socialism”» (reseña), en *Socialist Review* (10/2012), en <http://www.socialistreview.org.uk/article.php?articlenumber=12115>
- Žižek, S. (2010). «De la democracia a la violencia divina», en VV. AA., *Democracia en suspen-so*. Madrid: Casus-Belli, pp. 127-154.
- «The simple courage of decision: a leftist tribute to Thatcher», en *The New Statesman* (17/4/2013), en <http://www.newstatesman.com/politics/politics/2013/04/simple-courage-decision-leftist-tribute-thatcher>.

DOCUMENTOS

La Red de Presupuestos Participativos, en [presupuestosparticipativos.com](http://www.presupuestosparticipativos.com), en http://www.presupuestosparticipativos.com/lared/_C3VTDDatmVEmYYYYsYdvRIpx9U0oeOHV5 (8/2013).